

Medias verdades

Carlos LARRINAGA
Historiador

Mucho se está escribiendo sobre el pacto nuclear recientemente firmado en Viena, con algunos análisis que hablan de vencedores y vencidos. Lo cierto es que dicha terminología no me convence y creo necesario matizar algunas cuantas cosas que se están afirmando y que no responden fielmente a la verdad. Primeramente, parto de la base de que estamos ante un acuerdo necesario y, que, por lo tanto, debe ser visto como bueno para la comunidad internacional. Máxime, cuando abordamos un asunto tan delicado como la energía atómica. En segundo lugar, porque no se trata de un convenio menor si tenemos en cuenta el área geográfica en la que nos movemos, el Próximo Oriente. Si ha sido una zona especialmente conflictiva desde la declaración unilateral de independencia del Estado de Israel en 1948, ahora la situación se ha complicado todavía más por la fuerte presencia del terrorismo yihadista. En mi opinión, esta realidad debe ser especialmente tenida en cuenta para calibrar el alcance real de lo firmado en la capital austriaca. Desgraciadamente, este tipo de entendimientos no suelen ser frecuentes en la región, debiéndose ser visto, a priori, como un triunfo de la diplomacia mundial.

En tercer lugar, los propios críticos estadounidenses, empezando por los líderes del Partido Republicano, acusan a John Kerry de bajada de pantalones frente al régimen de los ayatolás. Hablan de una pérdida del peso político de USA y, en cierta medida, es verdad. En 1992 Fukuyama publicó su famoso libro “El fin de la historia y el último hombre”, refiriéndose al triunfo de las democracias liberales y del mundo capitalista, encabezado por EEUU, ante la crisis del comunismo y la desmembración de la Unión Soviética. Había llegado la hora plena de los norteamericanos. Sin embargo, todo se torció. Si la alternativa única al mundo bipolar era otro unipolar, pronto se ha visto que nos encaminamos cada vez más hacia un panorama multipolar. No cabe duda de que Estados Unidos es la potencia más poderosa del mundo. Sin embargo, los atentados terroristas del 11M supusieron un ataque en suelo patrio no sufrido desde hacía muchas décadas. Algo había cambiado radicalmente. La emergencia de nuevas potencias, especialmente China, y de realidades tan inquietantes como el yihadismo ha puesto en tela de juicio el papel hegemónico estadounidense. Circunstancia que se manifestó en la guerra de Irak. Consiguieron derrocar a Sadam Husein, pero el desaguado provocado por George W. Bush es clamoroso. Más consciente de la verdadera realidad del tablero internacional, la Administración Obama ha optado por la vía diplomática, enterrando, en la mayor parte de los casos, el hacha de guerra. Así ha sido en Ucrania, en Libia, en Afganistán, en Siria o en Irak, por ejemplo. Bajo este punto de vista, es verdad que los EEUU han perdido peso en Oriente Próximo, pero no por este compromiso, precisamente, sino porque desde hace varios años están más pendientes de Asia y por su insoportable actitud de “árbitro casero” en el conflicto árabe-israelí.

En cuarto lugar, se esgrime que el levantamiento de sanciones permitirá no sólo la disposición de cuantiosos fondos hasta ahora bloqueados, sino también de un notable crecimiento económico de Irán. Esto le convertirá en una potencia económica y, por tanto, dispondrá de más recursos para costear el terrorismo internacional. Desde luego, lo primero es cierto. La maltrecha economía iraní ve ahora con optimismo un cierto despegue prácticamente ausente hasta la fecha. Pero no nos engañemos, pues también muchas multinacionales, incluidas las occidentales, han celebrado el acuerdo con entusiasmo por las oportunidades de negocio que se presentan. En el segundo aspecto,

la financiación del terrorismo, convendría hacer algunas aclaraciones. Evidentemente, las conexiones con Hezbolá y Hamás existen, pero dudo que dichas organizaciones puedan ser calificadas sin más de grupos terroristas. Hezbolá, sin ir más lejos, juega un papel destacado en la vida política libanesa, incluso con responsabilidades de gobierno. Los ataques dirigidos contra Israel deben ser entendidos en su complejo contexto político, marcado por la invasión israelí del Líbano durante la guerra civil y por la ocupación durante años de parte de su territorio, además de su apoyo a la causa palestina. De Hamás se podría decir algo parecido. Por el contrario, los grandes promotores del terrorismo yihadista son, a su vez, buenos aliados de Occidente: Arabia y Qatar, por ejemplo.

Finalmente, malintencionadamente se dice que el acuerdo favorecerá el que Irán disponga de armas nucleares, cuando se aspira precisamente a lo contrario. En esta tesis no dejan de insistir Riad, Tel-Aviv, el lobby judío y los dirigentes del Partido Republicano de EEUU. Los saudíes temen peligrar su posición privilegiada como interlocutores válidos ante los norteamericanos, además de ver mermados sus ingresos petrolíferos con el fin del embargo al crudo iraní. Por su parte, en Israel, la inquietud reside en un posible ataque atómico. Quiero recordar aquí que Netanyahu ha hecho toda su carrera política metiendo miedo con este asunto, cuando lo cierto es que, desde 1979, con el triunfo de la Revolución, Irán jamás ha lanzado ninguna ofensiva contra suelo israelí. Contrariamente, han sido los israelíes quienes han cometido diferentes agresiones contra intereses iraníes en los últimos años. Lo que se pretende ahora es, pues, evitar una escalada de violencia mayor. De ahí la necesidad de tener en cuenta todos estos aspectos a la hora de valorar en su justa medida un arreglo, a mi entender, fundamental.

18 de julio de 2015

Publicado en *El Diario Vasco*, 13 de agosto de 2015, p. 18
y en *El Correo*, 13 de agosto de 2015, p. 28